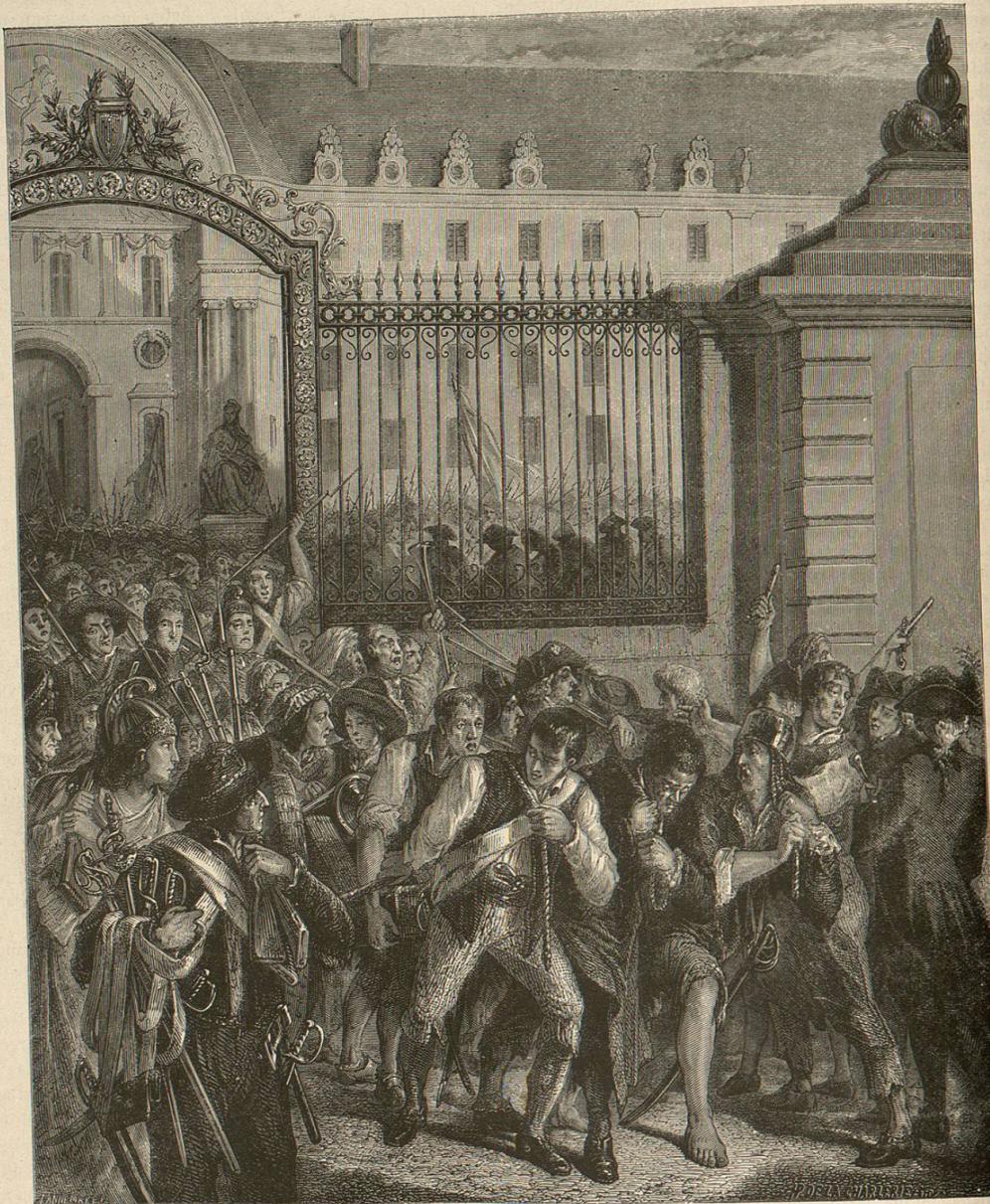


Este grandioso edificio con sus ocho torres, su coraza de espesos muros, sus puentes levadizos y sus rastrillos presentaba un aspecto sombrío y amenazador; y lo que todos sabían ó creían saber acerca de los horrores que los allí encerrados arbitrariamente sufrían en los calabozos, se imputaba y atri-

buía de tal manera al antiguo régimen, que se comprende que el pueblo mirase como consecuencia necesaria de la abolición de las *lettres de cachet* la desaparición de la Bastilla. Este deseo popular y los resultados que produjo han sido por la tradición adornados con hechos y pintados con colores que



El pueblo se apodera de las armas custodiadas en el parque de los Inválidos

no resisten á un exámen serio. De antemano hemos de rechazar cuanto refieren «los Dos amigos de la libertad» (1) y los

Desde la mañana del día en que fué tomada, las palabras: «¡A la Bastilla! ¡A la Bastilla!» corrian de boca en boca de uno á otro extremo de la ciudad.» Así lo refieren «los Dos amigos de la libertad», testigos presenciales. Obra citada, I, pág. 313.

(1) En la citada *Histoire de la rév. de France*, I, pág. 309, cuya

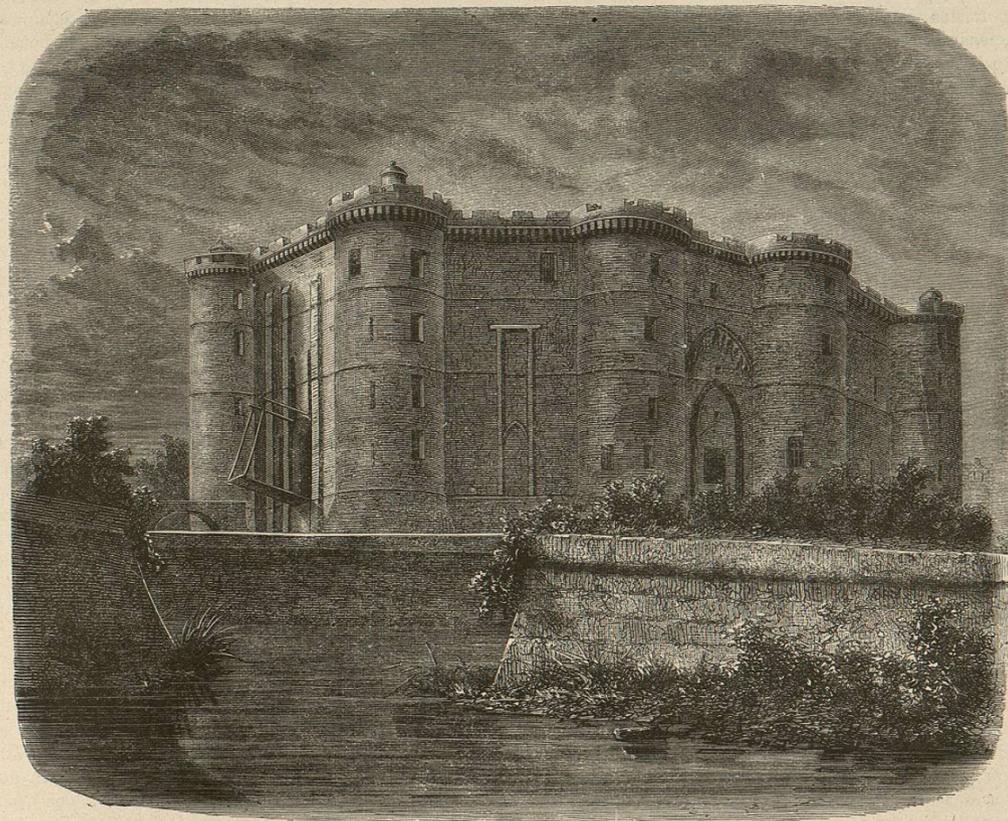
muchos que han escrito sus memorias tomando datos del *Moniteur*, respecto de que estuviera la ciudad amenazada por los cañones y por el comandante de la Bastilla. Esta fortaleza no era mas que una cárcel; sus condiciones solo le

influencia en el *Moniteur*, puesta despues en duda por el *Avant Moniteur* (mayo á noviembre de 1789), ha sido aclarada por Ranke. *Obras*, página 251.

permitían la defensa, de manera ninguna el ataque. Por los fosos que corrian al rededor de las murallas no circulaba una gota de agua; y los 80 inválidos que componían su guarnición no eran mas que carceleros armados, que entonces, como siempre, no tenían víveres sino exactamente para un día. Los cañones, de cuyas bocas dirigidas á los barrios de los trabajadores tanto se ha hablado, no tenían la costumbre de dejarse oír: un solo disparo de uno solo de estos cañones hubiera puesto término á los desórdenes ocurridos en la casa de Reveillon, en la calle de San Antonio, pero la lucha que allí se entabló siguió su curso en medio de rios de sangre

como si en el mundo no hubiera una Bastilla. Sus cañones de á veinticuatro no fueron disparados, y el comandante Launay no fué el fogoso guerrero, ávido de combates, que nos ha pintado el espíritu de partido para justificar un horrible y repugnante asesinato; ni siquiera lo fué el 14 de julio, á pesar de los 40 suizos del regimiento Salis-Samaden que Besenval le envió para reforzar el contingente de sus inválidos.

Acerca de los sucesos del 14 de julio tenemos dos versiones transmitidas bajo la impresion de testigos presenciales ó auriculares, pero que no merecen consideracion histórica.



La Bastilla

La una no ha sido impresa nunca en Francia, y la otra, aunque extendida en seguida por la imprenta, ha tenido que dejar el paso á la de «los Dos amigos de la libertad», mas completa, al parecer, y sobre todo mas halagadora para el pueblo. Esta última version ha sido considerada como auténtica y utilizada por los posteriores autores, despues de haber sido incluida en 1796 en el tomo introduccion del *Moniteur réimprimé*. La primera de las dos versiones es debida á un elector parisiense llamado Luis Guillermo Pitra, que en 13 de julio formó en la Casa de la Villa una especie de administracion municipal, y fué incluida en sus memorias manuscritas, de las cuales la *Revue litteraire* de Paris, tambien manuscrita, tomó el pasaje á aquellos hechos referente (1); la otra fué

impresa en 1789 con el título de: *Précis exact de la prise de la Bastille. De l'imprimerie de Baudouin, rue du Foin Saint Jacques, n.º 31*. La primera refiere los sucesos que ocurrieron en la Casa de la Villa y delante de ella, por ciencia propia del autor, y la toma de la Bastilla por referencias de los mis-

ducado de Oldenburgo y de él fué traducido al alemán este fragmento de las memorias de Pitra, con el título de: *El asalto de la Bastilla, el día 14 de julio de 1789. Segun un manuscrito de Bojanowski*. Weimar, 1865: en 8.º, pág. 67. El traductor no sabia que aquel mismo fragmento habia sido traducido al alemán y publicado ya en 1793 con el título de: *Noticia auténtica de las primeras escenas de la revolucion francesa por un testigo ocular. De un manuscrito francés de L. W. Pitra*. Brunswick, 1793, en la libreria escolar. En el prefacio se decía: «El manuscrito que traducido publicamos no ha sido impreso hasta ahora, sino que estaba en poder de un editor muy digno que lo facilitó al traductor.» La obra consta de 208 páginas en 8.º menor.

(1) Un ejemplar de esta revista se encuentra en el archivo del gran

mos que la asaltaron. La segunda solo habla de esto último y en lo esencial coincide con lo que dice Pitra (1).

Desde las primeras horas de la mañana del 14 de julio (era un martes) resonaban en las calles de París, pronunciados por millares de voces, los gritos de: «¡Armas, fusiles, cañones, pólvora!» Armas pedían los trabajadores de San Antonio que tumultuosamente se dirigían a la Bastilla; armas pedían los patriotas del Palais Royal, en nombre de los cuales se presentó ante la Casa de la Villa una turba de vagos armados de palos, picas, hachas, mazas y algunos de sables y fusiles, acusando de traidor al alcalde Flesselles porque hacia veinticuatro horas que prometía armas sin entregar ninguna. Las cajas conducidas a la Casa de la Villa no contenían fusiles sino trastos viejos. No incumbía al alcalde el deber de proporcionar armas de fuego a los bandidos que hacia dos dias y dos noches mantenían en continua alarma a los ciudadanos pacíficos; en caso de tener armas debía entregarlas a la milicia nacional, en manera alguna a la plebe callejera. Pero la verdad era que no las tenía, encontrándose él y el consejo municipal recientemente elegido completamente desarmados ante la banda de asesinos allí reunidos, sedientos de sangre y dispuestos a no retirarse hasta haber satisfecho su furor. Habiéndose retirado las tropas, no podía pretextarse el peligro de un ataque de fuera; pero la apariencia de este peligro existió cuando las tropas de la Bastilla hicieron fuego y fueron conducidos a la Casa de la Villa un par de heridos ante cuya vista las masas prorumpieron en gritos de venganza y de traicion. El comandante Launay no tenía ganas de entablar una lucha, pero carecía de presencia de espíritu. De que no tenía deseos de pelear dió pruebas permitiendo llegar hasta él a un delegado del comité electoral y mandando retirar, a instancias de este, los cañones, y declarando solemnemente que no daría orden de hacer fuego si no se le atacaba, declaracion que fué repetida con gran energía por los inválidos y suizos, así por las clases de tropa como por los oficiales. Su falta de serenidad quedó demostrada cuando habiendo dejado entrar, poco despues, a algunos paisanos en el patio exterior, que se extendía entre la fortaleza propiamente dicha y las habitaciones del gobernador, mandó hacer fuego contra ellos, que, empujados por las masas que no habían podido entrar, asaltaron el puente de entrada: orden que era supérflua tratando de defenderse contra gente desarmada. De la fortaleza salieron varios disparos de fusil y uno de cañón: algunos quedaron muertos ó heridos en la plaza, los demás huyeron en medio de salvajes ahullidos. La lucha contra la Bastilla había comenzado.

Por espacio de dos horas cruzó la guarnicion de la Bastilla el fuego con las masas del populacho, cada vez mas numerosas; de parte de estas, que sostenían un vivo tiroteo, murieron algunos hombres, resultando tambien varios heridos. Por fin, a las dos de la tarde, salió de entre las dos compañías de guardias franceses acantonadas delante de la Casa de la Villa un hombre llamado Hulin que dirigió a los indecisos solda-

(1) La obra consta solo de cuatro hojas en octavo menor, y al final de la misma se dice que la relacion ha sido escrita precipitadamente por el autor del *Courrier des Planètes*, conocido con el nombre de Cousin Jacques, calle de Philippeaux, n.º 36, en «presencia de todos los guardias franceses, sargentos, y de los ciudadanos mas notables que tomaron parte en el asalto de la Bastilla» y leída luego en la Casa de la Villa delante del marqués de la Salle y de los miembros del comité electoral. El ejemplar que yo he utilizado se encuentra entre los papeles parisenses del duque de Dorset, 1789, N. 46, que se conservan en el *Public Record Office* de Londres. Lo que el catálogo de la Biblioteca imperial, II, 535, designa bajo el título de *Précis exact de la prise de la Bastille rédigé sous les yeux des principaux acteurs qui ont joué un rôle dans cette expedition, et lu le même jour à l'Hôtel de Ville. Paris, imp. de Baudouin, 1789, en 8.º, Frere*, es al parecer una reimpression de esta obra.

dos estas palabras: «¿Sois tambien ciudadanos, valientes soldados de la guardia francesa, y sabeis lo que esa palabra significa? ¿No veis á esos infelices que son aquí conducidos y que extienden los brazos hácia vosotros? ¿No oís el estam-pido de los cañones (entonces se había disparado en la Bastilla el cañón de á veinticuatro), con los cuales el infame Launay asesina delante de la Bastilla á nuestros padres, esposas é hijos? ¿Quereis dejarlos acuchillar, vosotros que teneis armas, cañones y fuerzas para defenderlos? Soldados de la guardia francesa, se está asesinando á los ciudadanos de París ¿y no quereis marchar contra la Bastilla? ¿Vuestros sargentos no quieren ponerse al frente de vosotros y conducirlos á la lucha?» En un momento se formaron los soldados y los sargentos ocuparon sus puestos. «¡Adelante, os seguimos!» exclamaron, y se pusieron en marcha. A los ciento cincuenta fusileros y granaderos se unieron cuatrocientos hombres con cinco fusiles gritando: «¡La muerte ó la Bastilla!» y se dirigieron á la fortaleza. Hulin era un suizo procedente de las cercanías de Ginebra; era hombre de estatura gigantesca, de complexion en extremo robusta, con una voz tremenda y un talento natural que en aquel momento se puso de manifiesto. En la guarnicion que durante los desórdenes civiles se había creado en Ginebra, había desempeñado la plaza de ayudante, y cuando los sucesos que referimos tenia unos lavaderos en La Briche, junto á Saint-Denis. La desgracia de su paisano Necker le había hecho afiliarse entre los demagogos; y al frente de las heterogéneas fuerzas que conducía contra la Bastilla mostró prudencia, intrepidez, presencia de ánimo y nobleza de sentimientos.

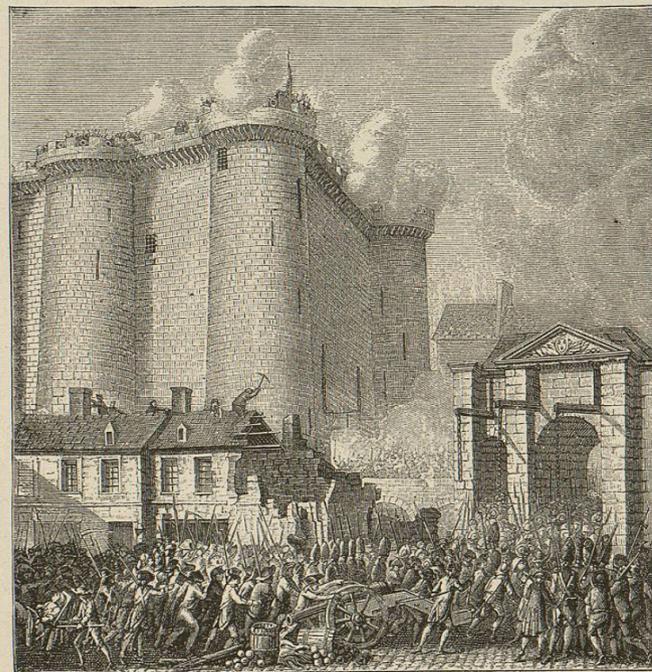
Con los granaderos, mandados por los sargentos Barnier y Labarthe, penetró en el patio de la fortaleza y dirigió los tiros al puente de entrada, donde estaba circunscrita toda la lucha. Una bala destrozó una de las cadenas que sostenían el puente y la otra fué rota con un martillo de hierro por un intrépido ciudadano. En el momento en que debía comenzar la lucha delante del segundo puente, que era el grande de la entrada, vióse ondear en la torre La Bassinière, que era el blanco de los continuos aunque inofensivos disparos de cañón (2), una bandera blanca. Un oficial del regimiento de infantería de la Reina, llamado Helie, que se había agregado á la turba de Hulin, se adelantó hácia los fosos para negociar con un oficial de suizos por entre una rendija del puente; por esta salió una hoja de papel en la cual se prometía entregar en seguida la Bastilla, con la condicion de que los caudillos de los que atacaban prometieran bajo palabra de honor de oficiales franceses respetar la vida del gobernador y de la guarnicion, amenazando de lo contrario con hacer volar con 20,000 libras de pólvora la Bastilla y con ella á cuantos estuvieran dentro. Así se leía en el papel, firmado de un modo ininteligible, que Helie llevó á la Casa de la Villa y que pudo leer Pitra.

No habiendo Launay capitulado antes, se comprende que lo hizo luego porque no podía hacerlo sin oponer antes alguna resistencia y porque no queria entregarse y entregar á sus hombres exponiéndose á que los bandidos los acuchillaran. Solo cuando vió enfrente de sí á oficiales y soldados con cuyo respeto á los usos de la guerra podía contar, se decidió á hablar de rendicion. Por desgracia suya, podían estos prometer, pero no hacer cumplir lo prometido. Helie leyó la proposicion al comandante Hulin y á los granaderos, y despues de haberse puesto de acuerdo se adelantaron ambos hácia los fosos, prometieron lo que se pedia y pidieron fuesen bajados los puentes. Los sitiados, temerosos del empuje de

(2) Así lo confirma Pitra. Segun parece, solo el fuego de la fusilería causó algunos daños: el de cañón solo sirvió para espantar.

aquellas masas indisciplinadas, solo quisieron bajar el puente pequeño, con lo cual se conformaron Helie y Hulin. Apenas descendió lentamente el puente, los sitiadores lo ocuparon y fortificaron con sus bayonetas. A las cuatro y media de la tarde levantóse el rastrillo del gran patio interior de la Bastilla, siendo Hulin, Helie, Arné y Duclosier los primeros que en él penetraron. A la izquierda vieron á los suizos con sus casacones de lana, sus bagajes y sus armas en el suelo; á la derecha á los inválidos, desarmados tambien, y los oficiales llevaban la cabeza descubierta. Exclamando: «¡Cuartel, cuartel!» abrazó Hulin á los oficiales, y con las mismas palabras abrazó á Launay, el cual se presentó vestido de paisano y

con un estoque en la mano, y dijo con voz tranquila: «En vos confio, valiente, soy vuestro prisionero.» Entre tanto la plebe había conseguido apoderarse del gran puente y penetrar en masa en el patio interior. Una turba de hombres armados con hachas, horquillas y palos con puntas de hierro y conducida por un tal Maillard se precipitó sobre el gobernador para asesinarle. Hulin y sus granaderos le cubrieron con sus cuerpos, y así rodeado le condujeron en medio de una multitud siempre creciente hasta las cercanías de la plaza de Grève; pero una vez allí, millares de personas se arrojaron sobre el infeliz y lo arrebataron de manos de Hulin, el cual abandonado de sus acompañantes se defendió con



Toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789.—De un grabado en cobre de Duplessis-Bertaux

los puños hasta que cayó exánime al suelo. Entonces, junto á la escalera de la Casa de la Villa fué muerto Launay y su cabeza puesta al extremo de una pica.

Igual suerte esperaba á los suizos é inválidos, treinta de los cuales fueron arrastrados hasta la gran sala de la Casa de la Villa en medio de los gritos de: «¡Ahorcarles, mueran, nada de compasion!» mientras Helie, vestido con el uniforme de su regimiento, era llevado en hombros por los guardias franceses y, subido sobre una mesa, hacia desesperados esfuerzos para salvar á aquellos infelices. «Nunca podré olvidar, decia Pitra, el momento en que la multitud se arrojó sobre los prisioneros, de los cuales los suizos permanecían de rodillas y los inválidos abrazaban los pies de Helie, mientras los soldados de la guardia francesa se esforzaban en protegerlos con sus cuerpos ó arrebatarlos de manos de los que ya se habían apoderado de ellos. Yo ví cómo un soldado, arrojando su fusil y penetrando por entre la multitud, libertó á un anciano inválido á quien el populacho tenia ya asido por los cabellos, y á pesar del sablazo que recibió en la cabeza y cubierto de sangre llevó hasta Helie al que acababa de salvar. Helie, arrojado de la mesa á donde había subido,

hacia vanos esfuerzos por hablar: yo le ví coger en su desesperacion el puñal y ponérselo en su propio pecho.» Entonces consiguieron algunos electores tomar la palabra, pero todo fué en vano: dos cañoneros fueron arrebatados por aquellos salvajes y colgados de uno de los primeros faroles de la plaza de Grève; los demás fueron respetados, gracias á un conmovedor discurso de Helie, al cual siguió un grito general de: «¡Gracia, gracia!» Tomóseles en seguida juramento de servir á la ciudad y á la nacion, mientras Flesselles, que había salido de la Casa de la Villa, era muerto de un pistoletazo al atravesar la plaza de Grève. Acerca de la carta que Flesselles escribió al comandante Launay diciéndole: «Entretengo á los parisenses con escarapelas y promesas; resistid hasta la noche, en que recibireis refuerzos (1),» dice Pitra que nadie la vió, y que si existió era falsificada: en su opinion, si se le acusó fué para justificar con aquella acusacion el infame asesinato.

La simple relacion de la toma de la Bastilla demuestra

(1) En tales términos la explican «los Dos amigos de la libertad» (II, pág. 7), cuya relacion ha pasado desde el *Moniteur* á una porcion de narraciones.